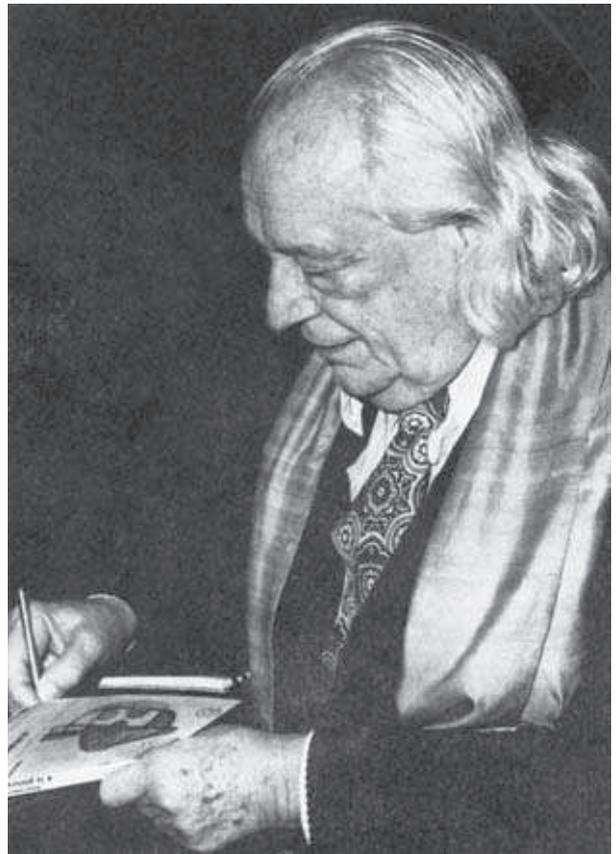


CUADERNO DE CITAS

Mariano Coronas Cabrero

Hace mucho tiempo que me interesaron los juegos infantiles. Cuando era niño (y niño de pueblo pequeño) los practiqué hasta la saciedad, como cualquiera de mis compañeros de correrías. Los juegos en la plaza, en las calles, en las eras y campos, en el monte, en el barranco, en el río... eran momentos de casi total libertad; eran el contrapunto a la autoridad de los padres, del maestro, del cura, del mundo adulto. Con el juego llegaba la trasgresión y el aprendizaje de una forma de organizarnos la vida. Recopilé en el libro *"Así nos divertíamos, así jugábamos..."* todos los que configuraron el universo de mi infancia. Estimulé la recopilación de los mismos con diferentes grupos de alumnos en la escuela (ver *Aula Libre*, nº 66) y me siguen interesando todos los trabajos de las personas que recogen estas ricas y espontáneas actividades lúdicas de la infancia. Poseo una bibliografía amplia sobre juegos infantiles tradicionales de muchas partes del país. Por ello, entre otras razones, la segunda entrega de este "Cuaderno de citas" va dedicada a las referencias a juegos infantiles encontradas en la lectura de algunos libros. No son juegos infantiles reglados, en muchos casos, pero sí formas de diversión infantil, entretenimientos de niños y niñas, no exentos de crueldad ni tampoco de curiosidad, de exploración, de trasgresión...; características que suelen definir, en parte, la infancia. Pero como lo más importante es la lectura de las citas recogidas, dejo ya esta presentación-justificación que alguien podría juzgar innecesaria y les dejo con estos frag-



mentos que hablan por sí solos. Hoy, los autores que nos ofrecen estas citas lúdicas son: Pablo Neruda, Rafael Alberti, Julio Llamazares, Martín Casariego, Ignacio Martínez de Pisón y Augusto Monterroso.

JUEGOS INFANTILES EN LA LITERATURA

"Nunca vuelven los infinitos días de la infancia..."

(Diario de naufrago - José A. Labordeta, 1988)

- "Combatíamos, a veces, en el gran galpón cerrado, con bellotas de encina. Nadie que no lo haya recibido sabe lo que duele un bellotazo. Antes de llegar al liceo nos llenábamos los bolsillos de armamentos. Yo tenía escasa capacidad, ninguna fuerza y poca astucia. Siempre llevaba la peor parte. Mientras me entretenía observando la maravillosa bellota, verde y pulida, con su caperuza rugosa y gris, mientras trataba torpemente de fabricarme con ella una de esas pipas que luego me arrebatában, ya me había caído una lluvia de bellotazos en la cabeza".

(pág. 18 de *"Confieso que he vivido"* -

- "José Ignacio fue siempre arisco y raro. (...) Su hermanillo Agustín era mejor. Lleno de gracia y de viveza, poseyendo además, un admirable don: el de tirarse cuantos pedos se le ordenara.

- Agustín -mandábanle, a veces hasta delante de las visitas-: tírate dos pedos largos.

Agustín, con los ojos como dos globos, alzaba la pata y cumplía la orden.

- Ahora, cinco; pero tres largos, uno corto, y el último, largo, largo, hasta que se te diga.

Agustín preguntaba con expresión de caballo, desencajando la mandíbula:

¿Queréis que los tire a cuatro patas, como la Morita? (...)"

(pp. 57-58 de "La arboleda perdida" - Rafael Alberti (1978) - Seix Barral)

- "La guerra europea había estallado. A poco de comenzada la contienda, *La Esfera* empezó a publicar en cada número unos horrendos dibujos bélicos que yo reproducía y que terminaron por despertarme el estúpido deseo de jugar a la guerra.

Como enemigo fácil, escogí a mi hermana Josefa, Pipi, que así la llamábamos. En un patio interior de casa, dibujé con carbón los mapas de Francia y Alemania, separados arbitrariamente por el canal de la Mancha. Empecé a comprar soldados de papel, que por la noche pegaba en un cartón y recortaba, llegando de ese modo a reclutar un respetable ejército de más de mil infantes, que dividí, haciendo trampa con mi hermana. Yo era Alemania: el Kaiser; y ella, Francia: M. Poincaré. Cápsulas de plomo, pisoteadas, correspondientes a las paternas botellas de vino, eran las balas, casi verdaderas, que nos lanzábamos en los combates. La escuadra se componía de latas, rellenas de estopa, que reducíamos a pavesas, cañoneándolas, cuando las grandes batallas marítimas, con fósforos ardiendo y triquitraques.

La pasión por aquel estúpido juego nos llevó, a veces, a reñir de verdad, dándonos de bofetadas y suspendiendo las hostilidades durante los días que duraba el enfado". (págs. 69 y 70 de "La arboleda perdida" - Rafael Alberti (1978) - Seix Barral)

- "(...) Martiniano, que era el dueño de la pista de baile y el alma de la orquesta titular, dirigía la marcha del negocio y del baile

con las notas de su viejo saxofón. A los niños, lógicamente, no nos dejaban entrar, ni aun pagando las entradas que la mujer de Martiniano se encargaba de vender a la puerta del local; así que no teníamos otro remedio que subir a la colina para, desde allá arriba, observar con envidia a las parejas que bailaban en la pista o se sentaban bajo los árboles buscando la oscuridad, mientras esperábamos el día todavía muy lejano en que, cumplidos los dieciocho, nosotros también pudiéramos entrar.

Pero, en lo alto de la colina, quienes subíamos no lo pasábamos peor. La diversión consistía en escuchar a la orquesta y en espiar a las parejas para ver quién bailaba o se besaba con quién, y también, en ocasiones, cuando la noche caía y las bombillas de la pista se encendían a nuestros pies, en arrojarles piedras desde allá arriba que a veces iban a dar (ya no podría decir si voluntariamente o no) a la propia tarima de los músicos o alguna de las parejas que se besaban bajo los árboles con el consiguiente alboroto dentro y fuera de la pista".

(pág. 47 de "Escenas de cine mudo" - Julio Llamazares (1994) - Seix Barral)

- "Esta foto corresponde a un día de mayo de 1966 y está hecha justo enfrente de mi casa, junto a los cubiles viejos. En ella, un grupo de chicos estamos tirando piedras a dos perros que nos miran aterrados, sin comprender por qué los pegamos y sin poder escapar porque están enganchados por el sexo (seguramente los sorprendimos cuando estaban en pleno esfuerzo). Al fondo un hombre se ríe, como si le divertiera aquello y desde los pabellones, varias mujeres nos miran, asustadas tal vez por el escándalo o por los aullidos de los pobres perros. (...) Es una imagen brutal, extraña por lo real, pero habitual en aquellos tiempos: una de las diversiones que teníamos los chicos en Olleros era pegar a los perros, sobre todo cuando andaban copulando por el pueblo. Seguramente, porque envidiábamos su libertad para hacerlo. "

(pág. 208 de "Escenas de cine mudo" Julio Llamazares (1994) - Seix Barral)

- "Hemos hecho una excursión, y nos hemos dividido en dos bandos, Pedro, Pablo y yo, por una parte. Juan, Antón y algún amigo por otra. El juego, algo primitivo, consiste en tirarse piedras. Lamentablemente, su tamaño aumenta

según pasa el tiempo, para que el juego cobre nuevas emociones. Ahora nosotros estamos agazapados tras unas grandes rocas. Hemos renunciado al ataque. Estamos al borde de la derrota más absoluta. Aunque nuestras armas sean igual de sofisticadas, somos menos y más pequeños. Pedro tiene unos doce años, pero Pablo y yo cinco y seis, y empezamos a pasarlo mal. Enormes pedruscos pasan por encima de nosotros, chocan contra las ramas de los pinos, rompen las secas y delgadas, caen a nuestro alrededor. Pedro, al cuidado de los pequeños, decide poner fin a aquello. Se levanta gritando PAZ, PAZ, y cruzando y descruzando los brazos. Una piedra le alcanza en plena frente, y de la herida mana abundante sangre."

(págs. 41 y 42 de "Camorritos, 1966/68" - Martín Casariego en el libro "Una infancia de escritor" (1997), Ed. Xordica)

- "Casi todas nuestras diversiones de entonces tenían que ver con los animales: organizábamos excursiones en busca de caracoles o cangrejos, nos pegábamos unos a otros babosas en la piel, jugábamos con las colas danzarinas de las lagartijas... El único entretenimiento realmente original consistía en pescar pepinillos. Cada verano había un par de días en que la acequia que pasaba junto al chalet arrastraba cientos, miles de pepinillos. Procedían de una empresa de encurtidos en vinagre que se hallaba un par de kilómetros más arriba, y mis hermanos y yo los pescábamos con las manos y luego los echábamos otra vez al agua. Eran pocos los que nos comíamos."

(pág.. 91 de "Unos años antes del año setenta", de Ignacio Martínez de Pisón en el libro "Una infancia de escritor" (1997), Ed. Xordica)

- "Tengo alrededor de cinco años. En el momento del recuerdo me hallo en el penumbroso dormitorio de una de mis tías, debajo de una mesa cubierta con un largo mantel de terciopelo que llega hasta el piso. Juego enormemente entretenido con una niña de mi misma edad, una negrita, hija sin duda de alguna de las sirvientas. El juego es sencillo y, hasta donde llega mi memoria, unilateral. Aislados del mundo, nos hemos

puesto de acuerdo para permanecer allí escondidos el mayor tiempo posible, aunque sabemos que vendrá el momento en que los mayores comenzarán a buscartos y a decir en voz alta nuestros nombres. De pronto el juego se ha vuelto más serio y mi abstracción en él más profunda. Sentados uno al lado del otro yo le he bajado los calzones blancos adornados con encaje y examino su sexo con enorme curiosidad y gusto, mientras ella me deja hacer, supongo que entregada a mi ávido manoseo con la misma fascinación. Ya no se trataba tan sólo de que tardaran en dar con nosotros sino de

que no nos encontraran en absoluto, en tanto yo practicaba mi exploración en medio de aquellas piernitas morenas que permitían mi juego complacientes y sumisas. Sin embargo, y sin poder evitarlo, llega el instante en que una de mis tías nos sorprende y nos saca de nuestro escondite con escándalo. Y quizá este recuerdo no tenga mayor ni menor importancia que otros; pero es el primero. O el que por alguna razón decidí hace años escoger como el primero". *(Augusto Monterroso en "Los buscadores de oro". Barcelona: Anagrama, 1993 - pp. 19-20)*

